

# • JUAN ANTONIO ROSADO

## Florido laude

*Para Marcela*

SIEMPRE OBSESIONADA por el trasplante de órganos y de otros miembros del cuerpo, Alma conocía casi de memoria la historia y los procedimientos de esta práctica, “desde la *postantigüedad* hasta nuestros días”, insistía con presunción. Su mirada escrutadora bajo una frente amplia —que, según dicen, denota inteligencia— armonizaba con el vigor de los labios al proferir opiniones, y con el orgullo de ser distinta, orgullo que la hacía lanzar constantes ironías contra sus familiares: “Todos son médicos y compiten por el número de muertos, ¡qué tiernos!” A pesar de su preocupación por los trasplantes, Alma dominaba un método de curación muy distinto: la herbolaria y la medicina azteca. De tal modo, cuidaba de las plantas como si fueran sus hijas, les cantaba y susurraba palabras de amor a todas horas, se pasaba días y días atendiéndolas. Incluso en su automóvil llevaba macetas con flores que le otorgaban un agradable perfume. Ella toda olía a frescura e intimidad, a la ingenua transparencia de la juventud. Era tan complaciente con las plantas que, en un impulso por resucitar la antigua teoría de las correspondencias entre el microcosmos y el macrocosmos, dejó crecer su negro cabello: aseguraba que su melena correspondía a las hierbas y sus huesos a los minerales.

Las plantas escaseaban cada vez más y era difícil encontrarlas en tiendas o supermercados. Tal vez por eso Alma les rendía un culto idolátrico. A menudo, como si se tratara de una oración dirigida a un santo, recitaba un antiguo poema titulado “Florido laude”. Nombraba y repetía a la rosa hostil de espinas, con su aroma y su piel de doncella, a la orquídea, a la hortensia, a la margarita con su uniforme escolar, a la danza del geranio y a todas las demás flores que en su

conjunto formaban —en boca de Alma— un aplastante rezo de perfumes y colores que evocaba los viejos viveros mexicanos, los cuales sólo subsisten como réplicas de plástico en los museos ecológicos. Del Xochimilco de canales y flores quedan unas cuantas fotografías en los murales de las fábricas. Hoy Xochimilco es una colonia industrial donde se elaboran productos enlatados. Alma observaba con los ojos llorosos y aterciopelados las réplicas de los viveros, como queriendo resucitarlos con la fuerza de las lágrimas y de la poesía; anhelaba una solución para devolverlos a la vida, aun si ello implicara un sacrificio.

Alma explicaba a sus amigos —sobre todo a Rafael, a quien conocía desde la infancia— las propiedades del ajo, del té de tila, del eucalipto, de las semillas de girasol... Con su té de azahar —la flor del triunfo, decía—, o comiendo polen y alfalfa, se complacía en exponer algunos procedimientos para trasplantar el corazón, hoy tan obsoletos como las hierbas; charlaba sobre los códices prehispánicos de medicina, sobre la acupuntura china o la terapéutica hindú del *Ayur-Veda*... Fue tal su obsesión, que se enamoró de Margarito, herbolario indígena que había salido de su pueblo en busca de una mejor vida. Soria, la hermana de Alma, muy interesada en los trasplantes, llegó a persuadirla de que se alejara de él y de las hierbas:

—La razón para trasplantar un órgano —le decía en tono frío, casi impersonal y didáctico— puede ser un mal funcionamiento, pero también la insatisfacción. Eso es legítimo. Las hierbas, en cambio, ¿para qué diablos te van a servir? Ese Margarito creo que te hace perder el tiempo.

—¡Estás loca! —respondía Alma, lanzando llamas por los ojos—, ¡yo quiero seguir con lo que me interesa! Además, Margarito es mi compañero, mi complemento, ¿me oyes?

En realidad nunca lo fue. Después de la ruptura con el herbolario, las dos hermanas salieron del país. Alma permaneció en Houston, donde hasta hace poco estaba en tratamiento. Soria volvió. Fue sorprendente que su marido telefonara a Rafael para decirle que su mujer le llamaría al regresar. A Rafael le extrañó, no tanto el mensaje de su amiga, sino la molestia que se tomó Alberto en hablarle: jamás tenía tiempo. Director del laboratorio del Centro Médico, ejecutaba con frecuencia trasplantes de manos y dedos. Hacía ya quince años que la intervención se practicaba en México y él era uno de los pocos especialistas.

La ciencia bio-psico-anatómica ha venido realizando, desde hace algunos siglos, una maravillosa descomposición analítica del cuerpo humano, y la genética micromolecular ha sabido concebir cada parte del cuerpo diseccionado, cada órgano, cada función, como una prótesis parcial susceptible de ser integrada en otro organismo a partir de una simulación. Esta imagen de la biocibernética, que Rafael había estudiado en sus años de escolar, ya no le interesaba en lo absoluto, pero Soria hablaba casi todo el tiempo de ello e incluso estaba convencida de que la

molécula ADN, como prótesis por excelencia —eso afirmaba— puede prolongar el cuerpo a través de sus “reencarnaciones cibernéticas”. El asunto de los clones es muy anticuado. La idea hoy no es multiplicar, sino implantar, insertar, meter, sustituir... Siempre una intervención para prescindir, en lo posible, de la copia o del reflejo. Hace mucho que no se respetan las donaciones voluntarias. Todo cadáver, por el simple hecho de serlo, tiene la *obligación* de donar sus órganos a los vivos, quiéralo o no.

Aún queda en la memoria la época en que empezaron a restituirse manos. Pocas veces las nuevas resultaron mejores que las originales. Algunos mancos con incrustaciones de oro, pulseras o tatuajes en sus muñones o garfios de imitación piel, han recobrado los miembros reales. Hoy sigue siendo una operación costosa, aunque no tanto como el trasplante de ojos, practicado por vez primera en México por el padre de Soria.

Pero, a pesar del avance de la medicina en estos tiempos, aún no llega a nuestro país el trasplante de cabeza.

—Sólo perdiéndola me pondría otra —dijo Rafael a Soria, exhalando el humo del tabaco mientras se rascaba un ojo con el índice. La mujer lo había invitado a su casa y ambos aguardaban a que la computadora terminara de copiar unos archivos con piezas musicales. El cuarto de Soria era muy distinto al que conocía Rafael. La cama había dejado de ser matrimonial y ya no existía ni un rastro de los espejos, ni siquiera del que estaba en el techo, del que tanto se jactaba la mujer cuando ambos eran amantes. La televisión sobre el tocador era nueva y la computadora había sido cambiada de su lugar habitual.

—Como puedes ver, querido Rafa —declaró Soria—, ime encanta la diversidad! Ya no aguantaba más el mismo panorama.

—Supongo que pasa lo mismo con los famosos trasplantes.

Soria no aceptaba el rechazo de Rafael hacia los cambios de cabeza. Frunció el ceño y sacó un espejo de bolsillo. Al parecer, se sintió aludida cuando el hombre le dijo que sólo perdiendo la cabeza se pondría otra. Se miró con descontento. Sólo pudo decir que tenía una papada chocante.

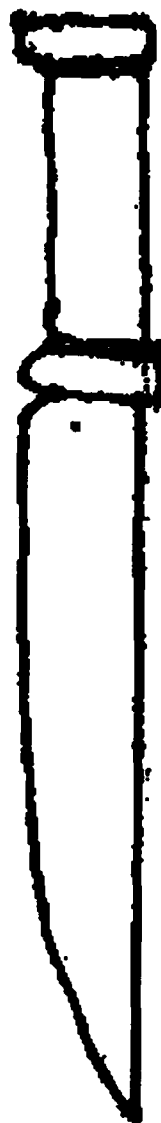
—Eso se arregla con cirugía plástica, querida —sugirió Rafael.

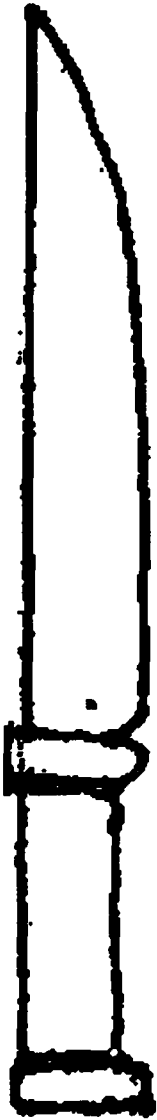
—Sí, sí, pero si no te gustara, por ejemplo, esta pared, lo que harías sería tirarla, no volverla a pintar.

—Y supongo que no pondrías nada en su lugar.

—Un biombo, por decir algo. Mira, te voy a enseñar esto... Pero primero deja de criticar y dame un cigarro.

Ya con el tabaco encendido, Soria sacó de su bolso una revista médica con artículos en inglés que aclaraban la cuestión de los trasplantes. Las fotografías mostraban bocas al revés, orejas en el cuello, narices en la frente, ojos en la





barbilla, en las mejillas o en las sienes... Soria leyó que en los Estados Unidos se había puesto de moda la nariz invertida: las fosas nasales expuestas a la caca de pájaro, y que en algunos países europeos llevaban la cabeza al revés: con el tallo del cuello contemplando el cielo. Había fotos y anécdotas de un barrio neoyorquino exclusivo para rostros de murciélago y otro para cabezas de pájaro; también barrios híbridos e historias de cruentos combates entre ellos. Todo esto le sonó a Rafael como una paradoja: les el avance de la medicina lo que divide a la población norteamericana!

El hombre quiso cambiar de tema y empezó a hablar de política internacional.

—Mugre Rafa, escúchame —interrumpió su amiga con furor—: no entiendo de política ni me interesa. No estás con Alma.

La mujer se obstinó en hablar de su viejo triángulo amoroso con Pedro:

—Era un triángulo isósceles. Pedro se cayó de la puntita y nunca volvió...

El tema le pareció innecesario a Rafael, sobre todo cuando éste notó la insensibilidad de su interlocutora. Pedro se había caído por el balcón durante una noche de borrachera. Como quedó impotente, aprovecharon para trasplantarle el pene por uno mejor, pero Soria ya no quiso nada con él.

—Creo que la computadora ya terminó —dijo Rafael—, ¿por qué no la apagas y nos vamos a tomar un café?

—De acuerdo. Deja la apago. ¿Nos vamos en mi coche?

Ambos decidieron ir al "Cohete", una cafetería con fachada de circuito eléctrico, llena de alambres, *chips* y transistores gigantes.

Ya sentados a la mesa, entre el barullo envolvente y la confusión de voces, con la música mecánica que brotaba del techo, Soria le preguntó a su amigo por el trabajo.

—Excesivo —contestó.

—¿Sigues haciendo música para comerciales?

—Sí. Pero no me interesa hablar de eso, sino de Alma. Hace mucho que no me escribe. ¿Se enteró del suicidio de Margarito?

—¡Claro! Ese tipo estaba loco, siempre lo dije.

Un mesero con ropa de aluminio, envuelto en cables, les extendió unas cartas de cobre con el menú grabado. Como ya sabían qué ordenar, hicieron que esperara.

—A mí tráigame un café descafeinado —dijo Soria.

—Yo quiero un capuchino con doble expresso.

El muchacho se retiró con las cartas.

—¿Cómo tomó Alma la muerte de Margarito? —preguntó Rafael.

—Se impactó mucho. Lloró... Yo regresé de Houston unos días después.

—¿Y cómo se enteraron?

—Mi papá nos habló por teléfono. Insistí en quedarme, pero Alma no me dejó.

Hubo un silencio prolongado. Ambos escuchaban la música entre el espeso humo del cigarro y los murmullos de la gente. Por fin llegaron los cafés. Fue en ese instante cuando Soria dijo:

—¿No te conté que Alma se cambió de cabeza?

Al escuchar eso, se le atoró a Rafael el humo del cigarro, produciéndole una tos violenta y prolongada. La mujer se levantó y le dio palmaditas en la espalda mientras lo exhortaba a no ser teatral.

—Estás bromeando —dijo el hombre, un poco pálido. Disculpa, pero no puedo creerte.

—Pues creelo —Soria regresó a su lugar y le dio un sorbo a su café—, creelo, querido.

—¿Alma?, ¿una mujer preocupada por su identidad? ¡Ella no le vendería la cabeza a un hospital de Houston!

—No sé qué tiene que ver la venta de cabeza con cambiársela. Sigue siendo Alma. No me vengas con tus estúpidos sofismas.

—Ahora sé por qué tardaba tanto. ¡Qué va a decir tu papá!

—¡Quién sabe! Alma llega el lunes. No quiere que nadie vaya al aeropuerto por ella. Insistió en vernos antes del mediodía en la cafetería del hospital. Si quieres nos vemos allí.

—No me la imagino. Me parece extraño que una hierbera haya decidido...

—¡No lo tomes tan a pecho, hombre! Está de moda... ¿Entonces quieres venir? Alma llega a las once. Yo voy a estar antes.

—Allí nos vemos.

El trasplante de Alma lo intrigaba. Durante toda la semana Rafael casi no se ocupó en los arreglos musicales para el comercial de antidepresivos: no dejaba de pensar en su amiga. Quería platicar con Soria y el lunes, poco antes de las diez, entró en el Centro Médico.

Apareció un hombre gordo de playera corta; los brazos, gruesos y peludos. Le habían trasplantado delicadas manos de señorita, con dedos finos y delgados, uñas puntiagudas, rojas, brillantes. "Maricón", pensó Rafael. Agresivo, el gordo preguntó por qué lo miraba. Rafa respondió que estaba pensando en otras cosas. Vio entonces a Soria en el corredor y aceleró el paso hasta alcanzarla. Su entusiasmo por los trasplantes de cabeza se había vuelto obsesión. Quizá, se dijo Rafael, su anhelo sea participar en uno de ellos y, con el tiempo, planear su propio trasplante.

—¿Cómo vamos a reconocer a Alma?

—Ella nos reconoce, no te preocupes.

—¿Sigue interesada en la herbolaria mexicana?

—¡Claro! Estuvo dando conferencias en Houston. Ha investigado mucho y no se ha cansado de recitar el poema ese. ¿no recuerdas? Florido no sé qué... Ya hasta se

lo sabe de memoria. Pero mira. Quiero que veas algo. ¿Vamos a la cafetería?

—No, no tengo ganas de tomar nada.

La mujer sacó de su bolso una de sus revistas médicas.

—Aquí dice que para trasplantar una cabeza se necesitan tres años de estudio, después de cursar medicina con una especialidad en neurología.

—¿Cuánto dura la operación?

—Dos días —Soria guardó la revista y encendió un cigarro. Alma y yo vimos una parte en Houston. Creeme que no quería irme. Fue interesantísimo. ¡Lástima que teníamos una cita!

—Nunca lo mencionabas tanto. Pareces maestra.

—¡Si fueras médico, no podrías creerlo, no podrías entender la lógica que tiene! Es como cuando se pisó por primera vez la luna, hace siglos. ¡Hay que ser físico para sorprenderse!

—Gracias. Prefiero la música —un altoparlante los interrumpió. Alguna urgencia. Médicos y enfermeras pasaron a su lado con una camilla, apresuradamente.

—¡A un lado, a un lado! —los camilleros se perdieron de vista, absorbidos por la profundidad blanca del corredor.

—¿Quién fue el paciente? —preguntó Rafael.

—No sé. No lo conozco.

—No, no. Me refiero a cuando viste el trasplante con Alma.

—¡Ah! Era un boxeador... He estado pensando... —la mujer calló, reflexionó un momento rascándose la barbilla con el dedo; luego continuó: —Quisiera estudiar la operación en Houston después de graduarme, solicitar una beca. Tengo buen promedio y mi papá es subdirector del hospital.

—¿No tienes que especializarte en neurología?

—Me gustaría ir a eso. Allí estudias la teoría de los trasplantes. Después de los cursos tienes que volver a especializarte.

—¿Otra vez?!

—Sí. Por un año eres auxiliar en el trasplante y sobre la marcha decides el aspecto en que vas a intervenir.

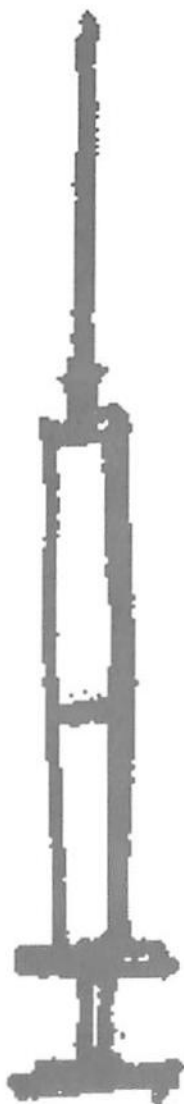
—¿Qué aparatos se usan?

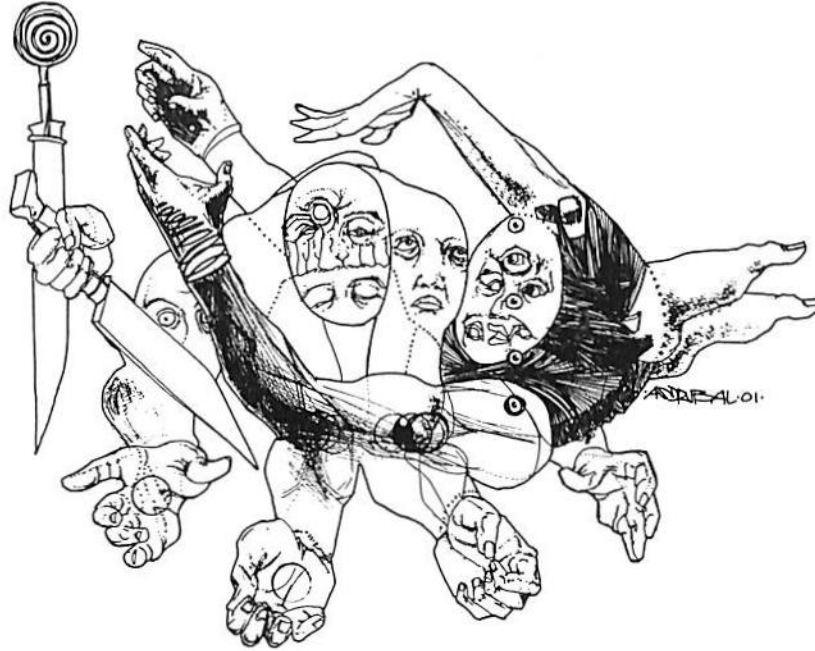
—Microscopios electrónicos computarizados y monitores de cineradiografía. Los médicos, con aparatos láser, rayos infrarrojos y ultravioletas, computadoras, sierras electrónicas de precisión con rayos equis y luces ópticas, abren el cuello, separan la epidermis, llegan al músculo y...

—¡Cállate! —exclamó Rafael, con una mueca de disgusto. ¡No me gustan los detalles! No soy médico.

—Está bien... Tranquilízate.

—Mejor vamos a la cafetería.





—Ya no tarda Alma. ¿No prefieres esperarla aquí?

—Está bien, pero dime, ya que hablas como una vulgar publicista, ¿el trasplante es caro?

—Es la operación más costosa... También se colocan cabezas de animal, si quieres parecerle a un dios egipcio con boca y lengua de humano; nariz, ojos, cráneo y orejas de gato, perro, cocodrilo o pájaro. Tienen mucho éxito las cabezas con caras de estrellas de cine, de filósofos, músicos o escritores. Hace una semana, un empresario de Nueva York asesinó a un muchacho con cara de Marx, y una fanática loca trató de violar a un Beethoven al cruzar la calle. Recuerdo cuando la dueña de *Playboy* demandó a un hombre con cabeza de conejo porque era justamente el logotipo de la empresa. La demanda no tuvo éxito. Sé de una historia más ridícula. Un amigo se enamoró de una sor Juana y cuando descubrió que era hombre se volvió bisexual. ¿No te parece tonto? Hay además cabezas andróginas, de bebé, de anciano, de cualquier raza o espesor. ¿Qué cabeza preferirías?

Los músculos cigomáticos de Rafael se tensaron formando una áspera sonrisa. Una pareja angloparlante salía del café y se encaminaba hacia los dos amigos: la mujer con cabeza de vaca emitía una voz grave, profunda, como un mujido articulado; el hombre con cabeza de cerdo —rígidas las orejas y la lengua caída—, babeaba de modo repugnante. Alguno de los dos despedía un intenso aroma a desodorante. Se escucharon los pasos y la voz dulce de Alma que decía: “Hola, hola...” Los dos amigos voltearon: un cuerpo femenino con cabeza de jitomate; los ojillos en medio, sobre una nariz de zanahoria y una boca de labios gruesos, brillantes. ¿Y su alma? Saludaba con ambas manos. Desde ese día Mefistófeles persigue a Rafael en todos sus sueños. LC